

Por ERNESTO JUAN FONFRÍAS

El alma universal, como principio del mundo, es la poesía. Por esa su facultad omnímoda, le imprime distintos y nuevos registros a la palabra, que tiene «la capacidad de significar más de lo que su sentido ordinario expresa», según el poeta norteamericano Archibal McLeish. La sabe en sus fabulosas despensas creadoras; en sus ilimitados cauces semánticos y en su vastedad demiúrgica.

Es la voz de Dios en su profundo orden preceptista, sin ataduras ni artificios. Proviene de los caudalosos manantios del ser inagotable de la naturaleza.

Todo ser humano siente alguna vez en su interior, la impresión incognoscible de algo sutil y raro y distinto, de grávida presencia, que le arrebatada y le inspira, de tal manera, que transforma sus pensamientos y actitudes, y sin querer, le transporta a planos espirituales de desconocida vivencia.

Le hormiguea la sensación de oír voces dentro de su yo íntimo, que le acucian a repetir en alta voz esas voces, un tanto temeroso, para que su propio oído las escuche; y darse por seguro; y a veces a dejarlas enmudecidas, viviendo gozosas de escapar del silencio en que estuvieron entonces; hasta que decide atar su voz al trino que se despeña como un chorro de su gozo íntimo, para decir

como el poeta: «¿adónde es la palabra; me pregunto que adónde tantas veces que no tengo camino; camino que no sé si voy o vengo...»¹

La palabra «es el soplo vivo que viene a traer a la inteligencia del hombre, el consuelo de la Revelación», afirma Unamuno. La revelación es la poesía, que «es una razón superior, para la cual no basta la razón común».²

La palabra identifica al hombre. El hombre en su manifestación poética hace su propia lengua, para que «las palabras estén usadas en su dimensión más pura y noble».³

El poeta «es alguien capaz de atrapar el cielo y la tierra en la jaula de la forma», dijo Lu Chi trescientos años antes de Cristo,⁴ pero el poeta no debe ir tras la idea de la forma para manifestar su idea, sino darle alma a las palabras, más allá del contenido normal que posean. Desde el momento que el poeta «sacrifica la fuerza» que es la médula, el concepto mollar de la palabra, «por el ordinario significado del lenguaje, deja de ser poeta».

La poesía desecha la palabra ociosa, desganada, holgazana y estéril. El pulso del ritmo y armonía de sus minas prodigiosas, suple de muchas y naturales innovaciones a la lengua de donde provienen sus recursos.

Las palabras son los símbolos de todo cuanto quiere decir y hacer el poeta, por medio del sonido que responde a un propósito de exquisita emoción espiritual.

En la poesía, elocuentemente, «las palabras están usadas en su dimensión más pura», mediante la transformación de las cosas y las impresiones, en una subyugante realidad lírica de orden y de belleza.

«El poeta es un eterno ángel abortado, que busca la fiebre para suplir su elemento original», dice Gabriela Mistral.

Unamuno afirma «que lo más grande que se puede ser en esta vida es poeta, que es el modo de ser hombre más cabal, más pleno, más humano, porque nos hace estar más cerca de lo eterno».

Dios creó por la palabra el mundo y las cosas. La palabra se dio desde entonces a múltiples faenas responsivas a su primigenia

1. Ricardo Javier Barceló, *La palabra*.

2. Thierry Maulvier, *Introducción a la poesía francesa*.

3. Unamuno, *Ensayos, Palabra y poesía*.

4. Citado por Mc Leish.

consagración. Cada hombre viene a decir su palabra, y la palabra se hace en quien la sabe en sus esencias y cultivos.

El poeta es creador de un mundo aparte. El hombre es dueño de muchos otros mundos de distinta forma y carácter alrededor de sus prerrogativas. El poeta crea el mundo de la poesía, y lo entiende a propiedad exclusiva, compartiéndolo únicamente con Dios, dada la bíblica dación del Hacedor, de hacer al hombre a su «imagen y semejanza».

La poesía es en sí un mundo diferente. Y no se hace con ideas. Se construye con palabras.

La facultad realizadora del poeta es generosamente manifiesta. Por ser poeta fue reconocido como vate, que quiere decir, «*oráculo, augur, profeta*»; y su asiento como tal, entraña una poderosa armonía en el destino de la humanidad.

El poeta es un taumaturgo de la palabra. Es también demiurgo, por la *vastedad cultivadora de su razón de ser*, como alma del universo y de sus cosas.

La poesía guarda en sus fondos la magia de la palabra. Los antiguos textos religiosos anotan sus misterios y consignas en palabra rimada, cuya eficacia se entiende por la «*pronunciación y recitación fiel de cada verso, de cada sílaba*», según don Ángel Rosemblat. En este caso la palabra es de un alto orden sacramental. Conserva la vieja habla que le dio origen a sus votos.

«*El idioma de un pueblo es la lámpara de su Karma. Toda palabra encierra un oculto poder cabalístico; es Grimorio y Pentáculo*», afirma don Ramón del Valle Inclán, dando a las palabras grimorio y pentáculo, la acepción que tuvieron en su original entendimiento.⁵

Rubén Darío es maestro de la palabra poética; creador de la escuela modernista y orientador de la lengua española, en rumbos desconocidos, pero fieles a la generosidad de las formas clásicas, renovadas por su sabiduría. Va a la raíz existencial del sonido hecho palabra y a la palabra encendida en la belleza de la naturaleza.

Dijo alguna vez: «*Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea muchas veces.*»

Era oríndice del verbo. Se recreaba creando, acuñando, inventan-

5. *Grimorio*: nombre del libro de magia usado antiguamente como un formulario de hechicerías. *Pentáculo* era la estrella de cinco puntas, amuleto o cosa mágica.

do como un nuevo taumaturgo. Era un enamorado y convencido de la palabra dicente, armoniosa, expresiva y distinta en concepto y expresión. Afirmaba: «*La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán culpables.*»

La poesía no ha estado nunca subordinada a precepto político alguno, ni a ningún orden que le haya impuesto renglón distinto a sus afluencias espirituales.

Era y es insubordinable.

La palabra nunca está vencida. La poesía tampoco. Resultan hechas a la medida de sus necesidades.

El valor metafísico y religioso de la palabra, le da sustento a la poesía de profundo concepto humano.

En el lenguaje de los poetas y en el de los niños, la palabra es verdaderamente de creación. Entre ellos hay un estrecho camino de íntima realidad poética.

La paleta de Dios, inmersa en los colores de la naturaleza, dice de la palabra en gloria a su nombre. La palabra va tejiendo el poema urdido de metáforas, símbolos e imágenes.

El poeta descubre la palabra que desentraña el mensaje de su identidad, que es su estilo de hombre diferente. A su manera interpreta la voz de Dios en sus íntimas revelaciones, en comunión con el excelso magisterio de sus versos.

La palabra conjuga la emoción idealista del hombre. En ella cabe el más fiel concepto de la poesía; que es la palabra más honda que el hombre aprendió a vivir.

El reto del hombre a su palabra

El hombre se enreda en sus propios apuros. Se entrapa en el agobio que ha creado, mientras busca sin hallar, un atrecho para el sosiego de su vida. La forma incierta en que maneja sus asuntos, tanto materiales como los que dicen de su espiritualidad, le amarra al desasosiego y a la incertidumbre, y no alcanza a satisfacer los anhelos de un hogar, de una familia, de la religión y de la cultura.

El peor de sus traumas es el miedo. El miedo a la ignorancia, al fracaso, a la miseria, y más que a la muerte, a la soledad.

Su configuración emocional se hace añicos, frente a la distorsionada realidad de los temores, que toman cuerpo en su obsesio-

nante propósito de hacerse poderoso. Rico de aquellos bienes materiales, que le permitan satisfacer su ego.

La naturaleza es pródiga con el hombre. Inclusive se deja vencer muchas veces, mientras le surte de las cosas materiales más costosas de su creación. El hombre lo sabe, si está libre de prejuicios y temores; aunque no acepta reconocerlo, dado ese su egoísmo connatural que desdice de sus fondos religiosos.

El hombre en determinados casos frena el impulso del miedo y pone sitio a lo que quiere vencer. El reto es señal de osadía o de valor. Ambos atributos pueden juzgarse como señales imprudentes, si es que al cabo del esfuerzo, no resulta victorioso.

La humanidad viene sufriendo desde hace tiempo de una aguda crisis emocional, que la empuja a la confusión y a la derrota. El hombre ha usurpado poderes que no son suyos y se los cree suyos. Dios le consintió la facultad de ser a su «*imagen y semejanza*», pero no le dio el poder sobre la vida y la muerte.

«*El hombre se ha convertido en el mayor riesgo al mismo tiempo que la mayor esperanza del hombre mismo*», afirma el escritor norteamericano John Steinbeck, para concluir que «*al final del hombre está la palabra; y la palabra es el hombre, y la palabra está con el hombre, porque la palabra es Dios*».

Ojalá que así lo entienda y lo acepte. No de otra manera habrá de salvarse de la confusión en que vive y permite vivir a los demás.

El hombre se ha politizado execrablemente. Esa es parte de su confusión, de la que vive creyéndose Dios de la humanidad, habiendo consentido «*la invasión de lo espiritual por lo político*», como diría Monseñor Fulton J. Sheen.

El hombre se pone viejo. Sigue atado a un patrón de pensamiento, a un mismo criterio, sin darse cuenta de que envejece poseer el mismo hábito, repetir el mismo concepto, asumir la misma postura, que se acomoda a una manera de ser sin ningún orden ulterior.

Los políticos profesionales dicen siempre lo mismo. Los de ocasión repiten lo que han oído antes. No hay nada nuevo en el orden de las ideas. La palabra está hueca del mensaje que alienta y vigoriza. No trasuda salud. El hombre vive escaso de pensamiento. Carece de la palabra trasmisora de la idea engarzada en un concepto de mayor reclamo.

El hombre está frente al reto que le agobia a saber más, no a saber mejor; pero no sabe crecer, porque no quiere ponerse triste como argumenta Francisco Gali, *de que crecer es hacerse*

triste. El hombre no entiende superarse para gozar de la virtud de entender por la palabra, el origen de su destino y la gracia de quien le diera por el poder de la palabra, el orden de la vida.

En el hombre escasea la fe creadora de la alegría, que es manera de entender la sabiduría del diálogo entre los hombres y verse madurar espiritualmente.

Para dialogar hay que tener respeto y amor por la palabra, en consenso de fibración totalmente espiritual, que es manera de entender la verdad de Dios. La lengua es culto en el origen del ser humano. Ella nos conduce no meramente a articular sonidos, sino a entender la verdad opinante de nuestra vida biológica y espiritual. Únicamente un idiota podría mal interpretar la verdad de tal gracia. En la palabra idioma aparece el prefijo griego *idio*, que sirve de origen a la palabra idiota. El conocimiento de la lengua es el que razona el saber del ser humano.

Es interesantísimo cultivar la preocupación por la palabra. Verla desnuda en «*monótona y agobiante labor*»,⁶ hasta alcanzar sus orígenes, como razón de su presencia en el orden fisiológico y espiritual del ser humano.

Hay que hacer cambiar al hombre de su inveterada postura emocional. Salvarlo es saludarlo, según se entiende del origen de ambas voces. Salvarlo para la tierra propia, que en su origen etimológico quiere decir tersa, seca, sólida. La patria es siempre sólida, no empece su agonía y su desesperanza.

Hay que salvar al hombre aunque no tenga palabra. Salvarle el espíritu; su comprensión a las altas cosas, para afirmar con Toynbee que la *actual dolencia del hombre es espiritual*.

El hombre no sabe ponerse de acuerdo consigo mismo. No sabe. La bestia en su instinto ha alcanzado el poder de saberlo. Lo sabe conviviendo con aquellos otros de su especie que siempre han sido sus enemigos. Se ha comprobado que entre los animales, la lucha entre miembros de una misma familia «no llega al exterminio, porque se detiene en un preciso momento para procurar una paz constructiva», según comenta el antropólogo Robert Aldrey.

El hombre no ha llegado a tal estado de superación. Como no ha llegado a tener el valor suficiente para regresar al punto de su partida como «*homo sapiens*», y conocer la razón de su presencia en la vida. Hacerse a los demás hombres, tratando de enten-

6. Julio Cassares.

derlos. Y no querer saber más, sino mejor su propio destino. No apurar las horas de su existencia en las facultades únicas de creerse poderoso. El hombre no tiene ese valor, a pesar de que «a veces el valor consiste en comerse las lágrimas sin que nadie lo vea».⁷

Debe saber que la palabra es su menester de vida. Con ella se exalta o se humilla, se bendice o maldice; se hace o se destruye; se llega al cielo o hasta Dios. En este caso no es fácil, cuando toda su vida la ha consagrado a sublimar otro becerro de oro.

Debe entender de sus valores morales y opinar sobre ellos, según opina de los del vecino.

Hombre de mano garrotera. Vacío. Melindroso. Cosido a las faldas de las fáciles oportunidades. Plegado a las casualidades. Intrascendente. Falso como la moneda de cuño falso. Hombre de relumbrón y de palabra de enjoyado cartel, sin mérito alguno a la alta magistratura cristiana.

Como la palabra falsa, es igual quien hace uso de ella, como aquel que por las treinta monedas, envidioso de la verdad de Jesús, le vendió a la ignominia de un mercado de palabra falsa.

El reto del hombre está puesto sobre su palabra.

7. Jim Bishop.